



Fue la encarnación de un cristianismo fuera de todo molde.



MENSAJE BICENTENARIO



Clotario Blest

(1899-1990)

Durante el siglo XX, Chile tuvo entre sus hijos a un hombrequito de aspecto frágil y humilde, aunque poseedor de la tenacidad y fuerza de un gigante. El ideal que desde muy joven lo persiguió fue la unidad efectiva de los trabajadores, en la búsqueda de una vida con más justicia social. Con ese fin luchó siempre sin descanso, logrando después de un largo tiempo la unidad de muchos de ellos. Nunca tuvo ambición personal y, cuando su innato liderazgo alcanzó posiciones de autoridad, actuó con una decisión y una fuerza orientadas únicamente hacia mejores condiciones laborales para obreros y trabajadores. A pesar del poder que adquirió, nunca lo pervirtió el dinero ni ambición personal alguna.

El dirigente sindical Clotario Blest fue un valiente, un hombre vehemente y altivo que, pese a considerar que la pasividad es un signo de derrota, nunca auspició la violencia armada y comprendió que la lucha debía darse con otras armas. Incansable movilizador de quienes requerían urgentemente de unión y compromiso para conquistar algunos de sus derechos más esenciales, su paso por nuestra historia marcó la creación de instancias fundamentales en la organización de los trabajadores y en la formación de una conciencia nacional en torno a las necesidades de las clases más postergadas.

Su historia personal estuvo marcada por una infancia de niño pobre, hijo de una maestra primaria y un padre que se suicida muy joven, discriminado

este por la familia oligarca con la que tenía lazos de sangre, los Blest Gana. Su madre tuvo que trabajar arduamente para mantener a sus tres hijos. Pese a ello, entró becado al Seminario de Santiago, donde recibió una buena instrucción. Allí conoció a Fernando Vives, S.J. —“mi maestro más querido y admirado”, diría—, recibiendo una influencia moral decisiva para la ineludible actividad que desplegó el resto de su vida. Fue en esos años de formación cuando se impregnó de un profundo sentido cristiano que lo motivó hacia una comprensión cabal de las injusticias que había que resolver. Y se consolidó en él su deber de actuar a favor de los semejantes, sin esperar nunca una recompensa. Allí completó los nueve años de estudio y logró su bachillerato, pero poco después su rebeldía innata le hizo abandonar tras dos años el Seminario de Concepción, donde se habría hecho sacerdote.

Se inició en el mundo del trabajo como vendedor ambulante, escribiente y, finalmente, empleado público en el Servicio de Tesorerías. En esa época conoció a Luis Emilio Recabarren en mítines y conferencias que lo inspirarán el resto de su vida. Participó en la Unión de Centro de la Universidad Católica, la Casa del Pueblo y el Círculo de Estudios “El Surco”, con una permanente crítica a postulados conservadores de la Iglesia católica y con un reclamo de la presencia de los cristianos en las luchas de los obreros, motivación esta última que le haría formar años después el

movimiento Iglesia Joven.

Sus inquietudes le llevaron a tomar cursos de Leyes, Filosofía e incluso Química. Trabajó y estudió. Pero la semilla del padre Vives y las palabras de Recabarren seguían latentes y él debía transformar esas semillas en frutos y esas palabras, en hechos. Incluso dejó de pololear para así asumir con total entrega la causa social. Nunca detuvo su actividad. Presidió el grupo social cristiano “Germen”, cuya portada mostraba la hoz y el martillo cruzada por una cruz, y dirigió una revista para los trabajadores junto con comenzar su tarea articuladora del mundo sindical.

UNIDAD SINDICAL

Primero creó la Asociación Deportiva de las Instituciones Públicas y la Asociación Nacional de Empleados Fiscales, verdadero hito en la entrada de los empleados públicos a las luchas laborales. Y en 1953 fundó la Central Unitaria de Trabajadores, que dirigirá hasta 1962. Su popularidad era inmensa entonces, pero renunció a la presidencia de esa entidad —aunque ese gesto le pueda significar la humillación personal— al sentir que su permanencia podía ser causa de división. Aun cuando en los años siguientes no detentó el poder nominal, su autoridad siguió siendo tal que su sola palabra podía determinar paros nacionales.

Toda su labor revitalizadora de los movimientos sindicales del país, en décadas en que estos aparecían desarticulados y sin conciencia alguna que los motivara, continuó generándo-

le infinidad de conflictos con las autoridades: estuvo preso veinticuatro veces.

Durante los años siguientes, su acción se radicalizó y —aunque discrepaba de alguno de sus métodos— ayudó clandestinamente al Movimiento de Fuerzas Revolucionarias y al Movimiento de Izquierda Revolucionario.

Después del golpe militar de 1973, volvió a luchar. A la dictadura siempre la llamó “tiranía”. Creó en esos años la Liga por la Paz, y presidió el Comité de Defensa de los Derechos Humanos y el Comité de Defensa de los Derechos Sindicales. Se acercó a la Pastoral Obrera y ayudó a sindicatos en la Parroquia Universitaria. Los familiares de detenidos desaparecidos y de ejecutados sesionaron una vez por semana en su casa. Durante todo ese período se transformó en un líder visible, permaneciendo hasta el día de hoy el recuerdo de su presencia en múltiples acciones no violentas de protesta, en calles, tribunales o cárceles, siempre con su habitual mameluco azul. Solo una grave enfermedad logró doblegarlo en sus últimos años.

Clotario Blest merece destacarse en la historia de Chile porque fue la encarnación de un cristianismo fuera de todo molde. Encarnó un extraordinario ejemplo de austeridad radical y desprendimiento, siendo un auténtico candidato laico a la santidad. Buscó en Jesús su modelo esencial, entregado a la causa de los trabajadores y los postergados, sin nunca exigir nada para él.

Mónica Echeverría